

EL DESHIELO CATOLICO: MONSEÑOR CASAROLI, EN LA U.R.S.S.

El ministro de Asuntos Exteriores de la Santa Sede —monseñor Casaroli— acaba de regresar de su viaje a la Unión Soviética.

Ha ido oficialmente a firmar el tratado de no-proliferación de las armas nucleares, igual que otros dos colegas vaticanos —de menor categoría— lo hicieron simultáneamente en Washington y Londres.

Casaroli es el hombre del Este. El fue quien consiguió en 1964 el «modus vivendi» entre Hungría y la Sede Romana, y, después, el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Yugoslavia, aparte de otros varios viajes —suyos y de monseñor Willebrands— tras el telón de acero para tomar contacto con la Iglesia de diferentes países.

Su finalidad no sólo ha sido la de una diplomacia superficial de buenas palabras, sino de contactos directos que suponen un paso importante y quizá definitivo en este acercamiento de convivencia entre la Santa Sede y los países comunistas. Su frase sobre la Rusia soviética diciendo: «La Unión Soviética ha estimado siempre los esfuerzos de la Santa Sede en favor de la paz» no da la tónica completa del viaje. Entre otras cosas, porque en tiempo de Stalin la actitud «anti» de Roma producía vivas suspicacias en el mundo ruso, y hasta hace bien poco no se habían superado. Por eso existía la duda acerca de esos esfuerzos por la paz cuando se pensaba que había una discriminación entre naciones por parte de Roma.

Hoy, las cosas han cambiado por una y otra parte. El Papa Juan XXIII fue quien más hizo para producir este deshielo, demostrando realmente que trabajaba por la paz sin privilegios para nadie ni discriminaciones ideológicas. Y así, Jrushof alabó la encíclica *Pacem in Terris* —que distinguía entre acción social e ideología—, enviando a su yerno al Vaticano en visita privada para ver al Papa Roncalli, quien era tan semejante a él en su mezcla de bondad, realismo y astucia campesina. Más tarde, Podgorny y Gromyko han visto al Papa Pablo VI y han instaurado esta nueva actitud de diálogo, aunque sea sólo incipiente.

Y hoy va el hombre especializado del Vaticano, monseñor Casaroli, de tal modo que el periódico polaco católico «*Slowo Powszechno*» comenta: «La opinión pública católica en Polonia sigue esta visita con particular interés porque está convencida del gran papel que representan los contactos directos entre la Santa Sede y los países socialistas en el plano de la seguridad y la cooperación internacional, así como en el desarrollo de las relaciones entre el Estado y la Iglesia, y entre creyentes y no-creyentes dentro de los países socialistas».

Hemos pasado de la época en que se hacía una crítica indiscriminada de la fe afirmando que «la religión es el opio del pueblo», como repitieron Marx y Lenin, a la nueva postura en la que se distingue entre los ritos y costumbres supersticiosos y alienantes de muchos creyentes, y esa fe del cristianismo que entraña —para muchos católicos y marxistas— «una protesta contra la injusticia humana» —según dice uno de estos últimos—, como ya lo había sido en boca de los profetas del Antiguo Testamento Isaías y Amós, o como lo era en el primitivo cristianismo, según afirmación de Engels.

El comunista francés A. Moine dice que «la fe encuentra en ella misma fermentos activos de pensamiento para promover y canalizar los cambios sociales». Y al igual que pretendemos los católicos posconciliares, afirma que «se desprende de escorias acumuladas en el curso de los siglos por las cargas sociales envenenadas que le transmitieron las clases dominadoras» (A. Moine, *Cahiers du Communisme*, Février, 1968).

Ni más ni menos lo que dijo monseñor Schmitt, el obispo de

Metz, en la Asamblea plenaria de los obispos franceses en Lourdes pocos meses después: «La entrega de los cristianos a las fuerzas vitales del mundo, a los espacios creadores y eventualmente revolucionarios, coopera con esta exigencia de la fe, pues la fe del porvenir pasa por el camino del futuro humano y de lo que él produce sin dar la espalda». La transformación «urgente y profunda» que pedía Pablo VI en la *Populorum Progressio*, es urgida por la fe auténtica para hacer un mundo más pacífico, más humano y más satisfactorio.

Esta fe, más o menos implícita, es la que se manifiesta un poco ingenuamente en esos dos jóvenes komsomols de Kiev que ostensiblemente se casaron en la catedral de San Vladimiro. O en aquel otro estudiante ruso que, al terminar su carrera, pasó el examen de marxismo con sobresaliente, y, sin embargo, era creyente, porque —como confesó él mismo— «se me interrogó sobre Marx y Engels, de los que conozco perfectamente su filosofía, pero no se me preguntó sobre mis convicciones personales». O en aquellos muchachos rusos que entran en una iglesia —sin ser creyentes— porque «encuentran la paz y tranquilidad de espíritu que les es difícil hallar actualmente en otro sitio» (A. Wenger, *La Croix*, 6-XI-1970). Esa paz y esa tranquilidad, en el orden y la justicia, que debe ser anhelo de una auténtica fe cristiana.

La misma U.R.S.S. ha depuesto en buena parte la actitud cerrada que todavía perduraba en la edición castellana del *Diccionario Filosófico*, de Rosental y Judin (Ed. Universo, Argentina), cuando dice: «La fe no se diferencia de la superstición; la fe religiosa se halla contrapuesta al saber». Afirmaciones verdaderas en el plano sociológico y práctico muchas veces, pero excesivas si se generalizan sin discriminación ni matización.

Y lo muestra —este cambio de actitud— editando en estos tres últimos años una serie de obras de información religiosa que suponen un cambio importante en su anterior conducta negativa contra todo lo cristiano. Como lo es el libro *De Pío XII a Juan XXIII*, publicado en 1966; *El Nuevo Testamento: investigaciones y descubrimientos*, de 1968; *Catolicismo y diplomacia*, en 1969, y los dos libros sobre el protestantismo de A. I. Kilbanov, *Las sectas religiosas y el mundo contemporáneo, valoración sociológica e histórica*, y —sobre todo— el de Arsen Canisev *Protestantizm*. Moskva, 1969. En este último libro —por ejemplo— se estudia la «finalidad progresista» del protestantismo, que intentó luchar contra muchas alienaciones que la rutina religiosa imponía en el siglo XVI, aunque posteriormente —según el autor— perdió fuerza en este avance cultural, humano y religioso. Los rusos empiezan a saber más imparcialmente lo que son los movimientos cristianos de nuestro tiempo, y nosotros empezamos a percatarnos de nuestros fallos religiosos, de tan tristes consecuencias para el progreso del mundo y el desarrollo del hombre. Fallos religiosos que son inherentes a todas las religiones históricas, y que principalmente los cristianos —si son consecuentes con la dinámica del Evangelio hacia los otros— podrían haber superado, aunque para desgracia del mundo y de su progreso casi lo olvidaron durante siglos.

Hemos de reconocer —tras estas noticias— lo mismo que ha dicho monseñor Casaroli tras su viaje: «Después de más de medio siglo, el hielo empieza a fundir entre las autoridades soviéticas y la Iglesia católica». Por ambas partes se inaugura una etapa de mutuo respeto y comprensión, superando todo negativismo emocional, al que tanto estábamos acostumbrados hasta ahora. Estamos comenzando a pasar de la coexistencia a la convivencia, aunque el mundo más consciente espera todavía mucho más de este diálogo sólo verbal que debe hacerse vital.

MIRET MAGDALENA